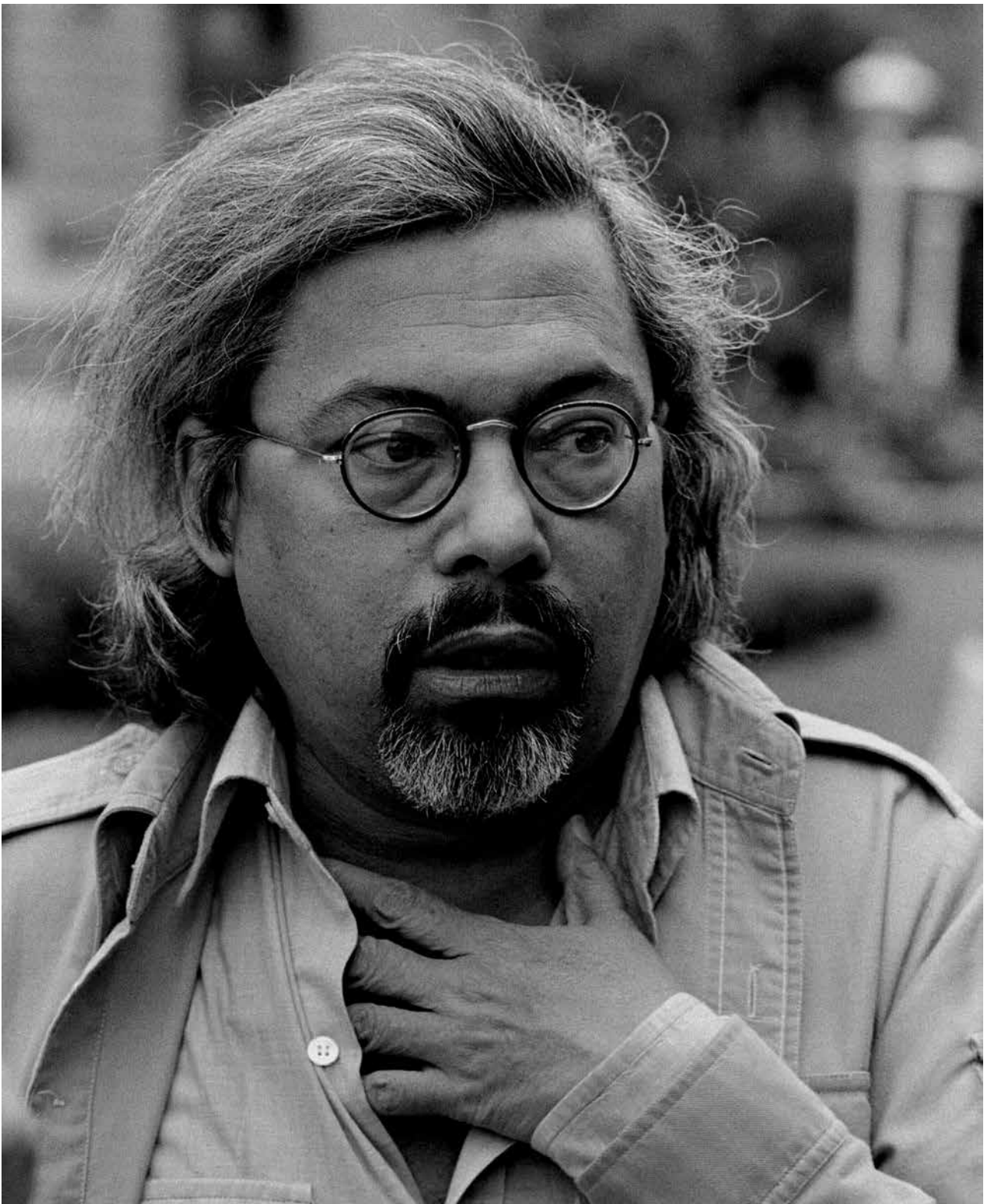


Tres tristes tigres:
Cincuenta años por los vericuetos
del lenguaje

Moisés Elías Fuentes



NO ESCRIBO NADA NUEVO AL APUNTAR que la década de 1960 fue de las etapas más prolíficas y lúcidas en la historia de la novela hispanoamericana. Pero, aun a sabiendas de que no hay mayor novedad en lo antes dicho, es hoy por hoy necesarísimo traerlo a cuento y a cuentas, toda vez que varias de las grandes novelas escritas en aquellos años se han perdido de vista en la actualidad, reducidas a tótems venerables pero apartados, o empolvándose en los anaqueles de las bibliotecas universitarias y los archivos para especialistas.

Para muestra, tres novelas publicadas en 1965: *Farabeuf o la crónica de un instante*, del mexicano Salvador Elizondo, *El banquete de Severo Arcángelo*, del argentino Leopoldo Marechal, y *Tres tristes tigres*, del cubano Guillermo Cabrera Infante. Sorprendentes, imaginativas, a un mismo tiempo negaciones y afirmaciones de la novela y del oficio del novelista, las tres han recibido el aplauso general al parejo que la relegación, diplomática si se quiere, pero no menos relegación. El desafío que implica leer cualquiera de ellas no entusiasma los ánimos de lectores y críticos, sino que más bien incita su distanciamiento.

No digo que estas novelas hayan sido olvidadas, sobre todo si se tienen a la vista las reediciones que han merecido, pero esto no soslaya el hecho de que las nuevas generaciones de escritores y lectores deberían abreviar sin resquemores en estos portentosos homenajes a la creación novelística y a la lengua española, lo que abriría nuevos afluentes en los que encontrar otras maneras de pronunciar el idioma, y por tanto, de vivirlo.

Y es que pronunciar al idioma es vivirlo, y lo pronunciamos no sólo al hablarlo, sino también al pensarlo, escribirlo, leerlo, escucharlo. Este hecho lo comprendieron y experimentaron los novelistas de la América hispana y del Brasil a tal punto que el mapa iberoamericano alcanzó un carácter polifónico que ahondó y por mucho las exploraciones que realizaron en su momento modernistas y vanguardistas. Iberoamérica múltiple y única.

En este ambiente de nuevas exploraciones y descubrimientos surgieron en Cuba cuatro autores que llegarían a ser las insignias indiscutibles del apocalipsis neobarroco que, apenas se entreveía, habría de aportar la isla a la literatura del Continente: José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Severo Sarduy y Guillermo Cabrera Infante.

Fue en La Habana de la década de 1940, en una Cuba que buscaba una vez más su identidad artística a la vez que su libertad política y social, que se inició en la literatura Cabrera Infante, recién emigrado de Gibara, donde nació el 29 de abril de 1929. Cinéfilo, se dedicó por años a la crónica de cine, como gustaba llamarla, la que compaginó a lo largo de su vida con la narrativa y el ensayo político. Hombre

de espíritu y pensamiento rebeldes, el autor se mantuvo firme en la convicción de que el intelectual debía comprometerse con la crítica al poder y a quienes lo ostentan, pues dicha crítica es un ejercicio de libertad social y moral. Tal compromiso lo enfrentó a las autoridades culturales de la triunfante Revolución Cubana encabezada por Fidel Castro, razón por la que se exilió de la isla en 1965, estableciéndose en Inglaterra, curiosamente otra isla, donde se entregó de lleno a la literatura hasta su muerte, acaecida el 21 de febrero de 2005 en Londres.

Dos obras en apariencia distintas y, sin embargo, estrechamente relacionadas y aun hermanadas, escribió Cabrera Infante antes de su exilio sin retorno: *Un oficio del siglo XX* y *Tres tristes tigres*. La primera, un libro en que reunió las críticas de cine que escribió su *alter ego*, G. Caín. La segunda, una novela en la que exploró el inframundo nocturno de La Habana inmediatamente anterior a la Revolución. En ambos, el pantagruélico afán de Cabrera Infante por subvertir la convención binaria del idioma: lengua oral y lengua escrita.

Subversión, sí, porque en ambos libros el lenguaje literario pasa de la crítica cinematográfica y de la narrativa a la negación de tales discursos mediante recursos polifónicos y polisémicos, al extremo de que, en sus momentos más altos, es capaz de producir la sensación de afasia en los lectores, quienes, prácticamente sin advertirlo a las primeras de cambio, se descubren fascinados y desorientados ante los vericuetos idiomáticos por los que los hace andar el autor cubano.

Realidad y literatura como dos formas de creación: si en principio G. Caín es el acrónimo de Guillermo Cabrera Infante, pronto se singulariza y se deslinda de su padre intelectual, para vivir una vida social que no coincide con la de Cabrera Infante, como queda patente en los diálogos que sostienen ambos, mezcla de sátira y de ejercicio de estilo, lúdica desacralización de la intelectualidad y sus ínfulas de rigor e infalibilidad.

Del mismo modo, los *Tres tristes tigres* se inmergen por las calles y cabarets de La Habana prerrevolucionaria con el descarado propósito de dejar de ser ellos

mismos, de transformarse según evoluciona la noche, o mejor dicho, según lo requieran los hechos, siguiendo sin cortapisas los pasos de ciertos insolentes que murmuraron algunas palabras al oído literario de Cabrera Infante, a saber: Oscar Wilde, James Joyce, Ramón Gómez de la Serna, Enrique Jardiel Poncela.

Desde su entrada, *Tres tristes tigres* evidencia el deseo de transgredir el orden social e idiomático mediante el travestismo discursivo, con el *entertainer* que combina oraciones y frases en inglés y en español, hasta crear un bilingüismo artificioso en el que ninguno de los dos idiomas transmite algo ya no digamos inteligible, sino al menos perdurable en los oídos. Sin embargo, ahí donde la labia del *entertainer* aparenta el fracaso, es donde triunfa, pues los lectores nos trasmutamos en espectadores del *show*, que en este caso es de palabras que estallan multicolores y que al instante se retuercen en cenizas ante nuestros ojos. Como el gentío que atiborra el *night club*, también nosotros nos emborrachamos de esa cháchara refulgente y efímera, deseosos de más noche, pero sobre todo de más desequilibrio:

Showtime! Señoras y señores. *Ladies and gentlemen*. Muy buenas noches, damas y caballeros, tengan todos ustedes. *Good-evening, ladies gentlemen. Tropicana*, el cabaret MÁS fabuloso del mundo... «Tropicana», *the most fabulous night-club in the WORLD*... presenta... *presents*... su nuevo espectáculo... *its new show*... en el que artistas de fama continental... *where performers of continental fame*... se encargarán de transportarlos a ustedes al mundo maravilloso... *They will take you all to the wonderful world*... y extraordinario... *of supernatural beauty*... y hermoso... *of the Tropics*... El Trópico para *ustedes* queridos compatriotas... ¡El Trópico en Tropicana!¹

Desequilibrio he escrito y lo reitero, porque los personajes de esta aventura lingüístico-noctámbula se hallan permanentemente al filo de la navaja, acechados por lo

¹ Cabrera Infante, Guillermo, *Tres tristes tigres*, Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1967. De aquí en adelante las citas del libro provendrán de esta edición.

que, a falta de otro nombre mejor, llamamos realidad real, la que nos ciñe a nuestras limitaciones y a vidas definidas, que no definitivas, en la que debemos interpretar el papel de nosotros, por lo que recurrimos al travestimiento del lenguaje, que por unas horas nos guarda de lo que somos y nos deja escarcear lo que quisiéramos ser, aunque nos arriesgamos a ser desnudados por nuestro disfraz, como ocurre a los errabundos de otra novela cumbre del neobarroco cubano, *De donde son los cantantes*, de Severo Sarduy.

Utilizada en primera instancia para darnos a entender y para comprender a los demás, la lengua hablada deviene sin embargo un vericuetto de contradicciones, redundancias, sinsentidos y sobreentendidos en el que sólo los iniciados pueden andar sin temor a extraviarse. Y es la por su naturaleza imprecisa que la lengua hablada que campea por las páginas de *Tres tristes tigres*, más insinuante cuanto más embozada, más provocadora cuanto más gazmoña, como se constata en el delicioso monólogo inicial de “Los debutantes”, primer capítulo de la novela:


Entonces, cuando la vieja estaba dentro, ella sacaba la cabeza por un costado y miraba y entonces él se sacaba la cosa y ella empezaba a tocársela, a pasarle la mano y entonces acariciándola, se ponía a vigilar si la vieja venía o no venía, luego cogía y se levantaba del balance y se levantaba las faldas y se sentaba encima del hombre y entonces ella se empezaba a mover y el hombre se empezaba a dar balance y de pronto ella saltaba y se colocaba en su asiento y él cruzaba la pierna, así, hacia allá, de manera que no se le viera nada, porque era que la vieja venía, y la vieja muy inocente salía a la ventana y miraba para la calle o para el cielo o hacía que miraba para la calle o para el cielo y volvía a entrar y ellos volvían a acariciarse ella tocándole la cosa al hombre y el hombre ahora manoseándola a ella [...] ²

² Para concursar por el premio Biblioteca Breve, el autor nombró a la novela *Vistas del amanecer en el trópico*, título que cambió en la primera edición, de 1965, por el de *Tres tristes tigres*. La censura franquista prohibió la edición de 1965, por lo que Cabrera Infante, en la edición de 1967, rehízo ciertos pasajes, lo que resultó una burla mayor a la moral pacata del Generalísimo y sus censores. *Vistas del amanecer en el trópico* sirvió al autor para un libro donde recorrió la

Mediante la lengua hablada, la realidad real transgrede sus limitaciones sociales y sus mezquindades emocionales y se reviste de revuelta y actitud contestataria, ya por medio de la risa, ya por medio del erotismo. Risa y erotismo, recordemos, han sido históricamente reprimidos por las religiones, cuando éstas caen en los fundamentalismos, y por los estados dictatoriales, porque el humor y el erotismo nos hacen liberar secretos y secreciones, nos hacen secretar los otros que también somos; y la mejor vía que tienen el erotismo y la risa para expresarse es la oralidad, que es momentánea pero a la vez perdurable.

Tres tristes tigres lleva a los extremos la bifurcación que separa la oralidad de la escritura en el mítico capítulo “La muerte de Trotsky referida por varios escritores cubanos, años después —o antes”, donde la recreación de las prosas de José Lezama Lima, Lino Novás y Alejo Carpentier, entre otros, es el pretexto para desatar una apabullante sátira sobre las dificultades de la lengua escrita para mantener su singularidad frente al habla.

El discurso de cada autor complica aún más la diferenciación entre oralidad y escritura, de manera que el tema, la muerte de Trotsky, se enreda, quedando sólo la carcajada de una intertextualidad burlona que muestra el secreto, la secreción final: la lengua, esa forma particular de comunicación de los seres humanos, no se reduce a la fórmula binaria de lengua hablada y lengua escrita, pues todos los días nos valemos de otras herramientas para completar el ciclo de entender y ser entendidos, y porque siempre necesitamos decir algo más, aquello que no se concreta con simples palabras.

Ahí radica la vigencia de *Tres tristes tigres*, en la aventura de la lengua en busca de sus otros yo, de sus dobles y complementos, aventura que es la de nosotros, hombres y mujeres de todos los días, por renovarnos, por reinventarnos, pero más que todo, por reencontrarnos con los otros que sabemos que podríamos ser. 

historia de Cuba, desde la llegada de los españoles a fines del siglo xv, hasta la Revolución de 1959.